

Introducción

La caja negra de las dolarizaciones

Ariel Wilkis

■ Doi: 10.54871/ca24ds1a

Imitaciones de billetes de cien dólares norteamericanos con el retrato de la cara del candidato presidencial Javier Milei circulan entre los asistentes a los actos de la campaña electoral que lo llevó a la presidencia de la Argentina en el año 2023. El 30% del electorado argentino aprobaba la dolarización de la economía nacional. La masiva inmigración venezolana envía a modo de remesas dólares a sus familiares que intentan llegar a fin de mes y afrontan las penurias de una dura crisis económica. En Cuba, se le escurre al gobierno socialista ofrecer garantías de bienestar a su población a medida que una dolarización *de facto* avanza en la isla. En El Salvador, el gobierno de Nayib Bukele promete reemplazar la dolarización oficial impuesta en los años 2000 en el país centroamericano por un nuevo proyecto monetario: la bitconización. En el Ecuador, donde también la economía está oficialmente dolarizada, los mercados populares son escenarios de transacciones donde se recibe, paga y guardan monedas y billetes del dólar norteamericano. En Vietnam la dolarización no es oficial pero lo suficiente presente en la vida cotidiana de los vietnamitas y en los modos que estos aspiran a participar en la economía global. En Zimbabue la participación en el

mercado de cambios informal se convirtió en una fuente de empleo mayor que el generado por el sector público y el acceso al dólar norteamericano, una oportunidad para garantizar ganancias y riquezas. En Tiflis, capital de Georgia, las protestas se generalizan por las deudas hipotecarias nominadas en dólares que se han vuelto difíciles de pagar luego de la pandemia de COVID-19.

Estas escenas de la vida pública y cotidiana de países diferentes, incluso lejanos entre sí, tienen como protagonista al dólar norteamericano. Es muy sabido el rol que ha tenido esta moneda para afianzar la hegemonía de los EE. UU. desde mediados del siglo XX. Pero su conversión en una “moneda global” que circula en múltiples territorios más allá de las redes exclusivas de las elites, que desborda el comercio y las finanzas internacionales y que arraiga en repertorios monetarios en reemplazo o junto con otras monedas nacionales para convertirse en unidad de cuenta, pago o intercambio en el día a día de vastas poblaciones del sur global aún es un fenómeno que necesita ser comprendido.

Este libro es el primer estudio transnacional sobre cómo el dólar norteamericano ha devenido una moneda integrada legal o *de facto* en la vida política, social, cultural y económica en países de América Latina, África, Asia y Europa. Estas múltiples vidas del dólar suelen estar por fuera del radar de la dolarización, el término acuñado para expresar el *reemplazo* de las monedas locales por la moneda norteamericana. Si habitualmente esas narrativas miden la dolarización desde los indicadores financieros (cantidad de cuentas bancarias nominadas en dólares, por ejemplo) el movimiento aquí propuesto es comprender cómo las dolarizaciones se convirtieron en capítulos centrales de la historia y el presente de Argentina, Venezuela, Ecuador, Cuba, Haití, El Salvador, México, Zimbabue, Vietnam y Georgia.

En estos contextos nacionales, por un lado, el protagonismo del dólar alcanza un rol preponderante en la sociedad y la política, e incluso en la configuración de las identidades personales y colectivas. Por otro lado, este protagonismo es un lente para comprender

fenómenos más amplios que han marcado el último medio siglo y configuraron las trayectorias de esos países: los procesos de descolonización, el derrumbe del bloque soviético y las transiciones postsocialistas, los procesos hiperinflacionarios y las grandes crisis sociales, la financierización de la economía y el debilitamiento de los estados de bienestar, entre otros.

Desde hace al menos tres décadas nuevos paradigmas de las ciencias sociales han colaborado en la comprensión del lugar del dinero en la vida social. Mirando en detalle cómo arraigan en la vida cotidiana de las personas, cómo interactúan con marcos institucionales y culturales, cómo contribuyen a la distribución del poder y de las jerarquías sociales, los fenómenos monetarios ocupan un lugar central en los modos en que las sociedades se configuran y reproducen. En un número muy importante de sociedades del sur global el dólar norteamericano no ocupa un rol accesorio en estos procesos. Es su clave de comprensión. En las páginas de este libro esta es la hipótesis que anuda la historia y el presente de países de América Latina, África, Asia y Europa.

La puesta a prueba de proyectos políticos y de construcción de autoridad estatal, la revitalización de memorias del pasado en el presente, el desarrollo de dinámicas de estratificación social y distribución de riqueza, modos de construcción ideas de nación y nociones de libertad y progreso, son todos procesos enlazados con las múltiples vidas del dólar. En esta introducción presentamos la caja de herramientas que permite comprender este rol y que suele estar fuera del marco de interpretación habitual cuando se lo narra como moneda global dominante.

El ascenso de una moneda global

Pese a que fue a partir de la Segunda Guerra Mundial que la moneda norteamericana alcanzó su hegemonía a nivel global, su ascenso comenzó en las décadas previas. El peso de los EE. UU. en el

comercio internacional marcó la competencia con la libra esterlina y la expansión de su sistema bancario en diferentes partes del mundo irradió el mercado financiero de bonos nominados en dólares (Eichengreen, 2011). En la década de 1910, la denominada “diplomacia del dólar” gobernó la agenda del Departamento de Estado hacia los países de América Latina y Asia, supeditando la política exterior de los EE. UU. al crecimiento de las corporaciones privadas norteamericanas, incentivando su rol en el comercio internacional y las inversiones en el extranjero (Rosenberg, 2004). En estos contextos,

la “diplomacia del dólar” implicaba la promoción no sólo del comercio y la inversión, sino del propio dólar, una práctica que podríamos denominar “diplomacia de la dolarización”. Sin embargo, con la excepción de Puerto Rico, los responsables políticos estadounidenses no [...] fomentaron la adopción del dólar como moneda exclusiva de los países extranjeros. Por el contrario, simplemente presionaron para que se utilizara junto con la moneda nacional en el extranjero (Heillener, 2008, p. 1).

En las primeras décadas del siglo XX, en países como Panamá o Cuba la moneda norteamericana fue de uso corriente junto a monedas locales así como en otros países del caribe y América Central donde los EE. UU. tenían una fuerte injerencia militar y económica.

La salida de la Primera Guerra Mundial colocó a los EE. UU. en una posición de liderazgo como país prestamista frente a los países europeos maltrechos por la guerra y los de América Latina afectados por la caída del comercio con los protagonistas de la contienda. No sorprende, por lo tanto, que durante la década del 20 en muchos bancos del mundo las reservas nominadas en dólares empezaran a opacar a otras monedas fuertes como la libra esterlina. Durante el período de entreguerras, New York rivalizó con Londres como centro financiero, y el dólar con la libra esterlina como moneda internacional (Eichengreen y Flandreu, 2008). En América Latina, el liderazgo ascendiente de Estados Unidos también se expresó a través del desembarco de expertos que contribuyeron a dar

forma a los sistemas monetarios, financieros y fiscales locales. De la mano de estos “*money doctors*”, el dólar también se abría camino (Drake, 1989).

La crisis del 30 pondrá entre paréntesis el re-equilibrio entre las monedas internacionales dominantes alcanzado en los años previos. La casi autarquía de la economía de EE. UU. durante esa década, aumentando el proteccionismo y disminuyendo el comercio exterior, marcó un periodo de transición hacia una nueva etapa del orden monetario internacional que llegará a mediados de la década del 40, con el acuerdo de Bretton Woods. Si bien este acuerdo estaba fundado en el patrón oro, el dólar aparecía como la única divisa convertible y los bancos centrales poseían dólares antes que oro, de modo que en el sistema funcionó como un patrón dólar (Aglietta y Coudert, 2015).

Sin embargo, el equilibrio alcanzado al final de la guerra no duraría para siempre. Veinticinco años más tarde, bajo la presidencia del republicano Richard Nixon, Estados Unidos tomó la decisión unilateral de cortar la convertibilidad directa de sus dólares en oro, poniendo así fin al patrón oro. La decisión, lejos de minar su rol como moneda global, lo terminaría consolidando. El dólar como una “moneda salvaje” fue la figura que acuñó el antropólogo australiano Chris Gregory (1997) para describir esa nueva fase internacional de la moneda de la mayor potencia económica global. A partir de entonces, el dólar dinamizó el proceso de liberalización y financierización de la economía, asociado al neoliberalismo. Pudo moverse sin restricciones en su búsqueda de ganancias de manera “salvaje”: aprovechando tasas de cambio volátiles y sin control. A diferencia del periodo anterior, la supremacía del dólar no resulta de acuerdos entre gobiernos, sino de elecciones individuales de los Estados y de los actores privados (Aglietta y Coudert, 2015). Algunos cálculos estiman que los activos y deudas estadounidenses aumentaron anualmente un 15% desde la declaración de inconvertibilidad del dólar con el oro, incrementando la dolarización financiera en la misma proporción (Lazaratto, 2023).

Esta nueva fase del dólar como moneda global dominante estuvo acompañada por otras transformaciones que modificaron los paisajes monetarios de las elites y de los sectores subalternos en muchos países de África, Asia, América Latina y Europa.

Si el proceso de descolonización africano, entre los años 60 y los años 80, había sido un primer escenario privilegiado para observar la compleja trama de intercambios, regulaciones y actores que suponía la convivencia de monedas distintas, el derrumbe del bloque socialista ofrecía otro. A partir de la década de 1990 el mundo capitalista había entrado en una nueva fase de monedas múltiples, similar a la que África ya había conocido en el pasado (Guyer y Salami, 2012, p. 13). Pero en este caso, dos fenómenos se superponían: por un lado, la multiplicación de las monedas nacionales (22 nuevas monedas creadas en el período postcolonial, 15 nuevas monedas en la era postsocialista); por otro, la proliferación de los circuitos de una moneda nacional –el dólar– utilizada como moneda común (Guyer y Salami, 2012, p. 4).

Este segundo fenómeno hablaba de una nueva configuración económica y monetaria, que había comenzado a observarse en el mundo desde los tempranos años 70: desde el punto de vista de la teoría económica, la identificación de la función de reserva de valor como función primordial de las monedas (Orléan, 2009; Guyer, 2016b); desde el punto de vista de la configuración de los sistemas monetarios y de las prácticas económicas a escala local, la consolidación del dólar como moneda utilizada no sólo en el comercio exterior a escala global, sino también como unidad de cuenta y cambio común en distintos escenarios regionales y nacionales.

Esta desagregación de las funciones monetarias, encarnadas ya no en una moneda nacional unificada sino en diferentes monedas que conviven entre sí, se expresa en la distinción habitual entre *soft money* y *hard money*, donde sólo aquellas que operan como reserva de valor son consideradas “fuertes”. En naciones muy diferentes, el paisaje monetario resultante expresa un vínculo duradero entre

una moneda fuerte (el dólar estadounidense) y una moneda local débil.

Entre el reemplazo y la imposición: narrativas estrechas sobre la dolarización

En países donde las personas han atravesado el colapso de los mercados, la caída de regímenes políticos, guerras, múltiples reformas monetarias y de divisas, devaluaciones bruscas e hiperinflación, qué activos conservan valor es una pregunta vital (Muir, 2015) que la dolarización viene a resolver.

La definición corriente del término “dolarización” es la adopción legal o extralegal del dólar estadounidense como moneda de curso corriente.

El uso recurrente del dólar puede ser *de facto* (como en la mayoría de las experiencias) o consagrado por la ley (como en Ecuador, El Salvador o Zimbabwe o el periodo del *currency board system* en Argentina entre 1991 y 2001). Este vínculo entre la moneda estadounidense y las monedas locales más “débiles” puede en algunos casos implicar un reemplazo total de las segundas por la primera (Ecuador desde 2000 o El Salvador desde 2001). En otros, sólo supone la sustitución parcial de la moneda local para determinadas funciones monetarias (como en Israel en ciertos períodos). A la vez, pueden ser situaciones que se extiendan durante décadas (como el caso argentino), o que ocurran por un periodo acotado de tiempo.

Por un lado, el pasado colonial o de intervención militar por parte de EE. UU. (como en Panamá, Haití, Vietnam, Cuba), la incidencia de inversiones directas en la economía local o de las remesas de inmigrantes provenientes de este país (como en El Salvador o Vietnam) son condiciones favorables para las diferentes experiencias de dolarización en sus diversos grados.

Por otro lado, los desencadenantes de los reemplazos totales o parciales de la moneda local pueden estar asociados a contextos

inflacionarios (como en muchos países de América Latina), asociadas a restricciones del sector externo (como en Argentina o Nigeria) o eventos políticos disruptivos como guerras o caídas de régimen políticos (Georgia o Vietnam).

A principios del siglo XX la dolarización había sido una política impulsada por la diplomacia norteamericana pero que fue perdiendo gravitación en las décadas del 40 y 50. Con la crisis en los países de América Latina, Asia y Rusia en los años 90 resurgió esta agenda apoyada por organismos internacionales de crédito como el FMI (Lin y Ye, 2010). Este retorno se enmarcaba en la concepción neoliberal de búsqueda de estabilización de precios como uno de los principales objetivos de la política monetaria (Helleiner, 2008). Como señala Ia Eradze (2023), la literatura sobre dolarización ha sido dominada por la economía. Tanto en términos prescriptivos como descriptivos, la caja de herramientas de estas perspectivas tiene algunas propiedades a destacar.

Las narrativas expertas sobre la dolarización encierran las causas y razones del reemplazo monetario en una definición estrecha sobre el rol del dinero en la vida social. Son las fallas en cumplir las funciones monetarias las que operan como causante para el reemplazo de las monedas nacionales por el dólar, las monedas “débiles” o “enfermas” por las “fuertes” o “sanas”. La dolarización como reemplazo trae consigo el déficit epistemológico de concebir a las monedas como idénticas a si mismas y apuntalar la unidad monetaria como norma y la pluralidad como patología. Sin embargo, la idea generalmente aceptada de una moneda nacional unificada es más una norma política que un hecho de las sociedades modernas (y sus predecesoras, podríamos agregar), que siempre presentaron algún grado de multiplicidad de monedas (Servet, Théret y Yildirim, 2019). Esta emerge de una variedad de medios de pago (emitidos por distintas entidades), en continua tensión con una unidad de cuenta unificada. Jérôme Blanc ha mostrado que los bancos centrales son las entidades que usualmente aseguran la coherencia de este conjunto de medios de pago heterogéneos, mediante

la garantía de su convertibilidad en una única unidad de cuenta (2009, p. 662). Por estas razones, lejos de una anomalía, la pluralidad de monedas identificables dentro de una misma nación debería ser considerada como un rasgo normal (y no patológico) de los sistemas monetarios modernos (Théret, 2007, 2008; Servet, Théret y Yildirim, 2016; Orléan, 2009).

Se corre un riesgo de otro tenor cuando la dolarización es considerada una prolongación natural del poder imperial de los EE. UU. Las perspectivas sobre el “Imperio del dólar” (Lazarato, 2023), el “imperialismo informal” (Gindin y Panitch, 2013) o el régimen “Dólar-Wall Street” (Gowan, 1999) tienden a ignorar las condiciones sociales y económicas que explican la legitimidad de la moneda estadounidense más allá del mundo de los expertos, las élites o las instituciones financieras internacionales. “El dólar global por sí solo no puede explicar la dolarización (en Vietnam)”, escribe Allison Truitt en este libro. Lejos de considerar el papel del dólar estadounidense como una imposición unilateral en territorios nacionales heterogéneos, este libro contribuye a restaurar las dinámicas y procesos sin los cuales el dólar estadounidense nunca habría abandonado su papel de moneda exclusiva de las élites para convertirse en una moneda de la vida pública y ordinaria fuera de las fronteras de los EE. UU.

La socioantropología de las dolarizaciones

“El Zahir” de Jorge Luis Borges es un fascinante cuento publicado en su enorme libro *El Aleph*. En sus pocas páginas la historia que nos cuenta el gran escritor argentino pone en manos del personaje, también llamado Borges, una enigmática moneda cuyo nombre es Zahir. El hecho fortuito de recibir esta moneda como vuelto por el pago de una caña en un almacén del bajo porteño cambia de lleno la suerte del personaje. A medida que se pierde en la oscuridad de la noche va también perdiéndose en la hondura de su memoria que, de

manera creciente, solo empieza a retener una imagen, la de esa extraña moneda que recibió al cancelar el pago por su bebida. Borges conjura esos pensamientos con otros que repasan las propiedades del dinero. El personaje hace un inventario que podría encontrarse en muchos manuales introductorios sobre las propiedades y funciones del dinero. “Insomne, poseído, casi feliz, pensé que nada hay menos material que el dinero, ya que cualquier moneda (una moneda de veinte centavos, digamos) es, en rigor, un repertorio de futuros posibles. El dinero es abstracto, repetí, el dinero es tiempo futuro.” Pero el Zahir no encaja en este listado. Es una moneda-memoria: una vez que se entra en contacto con ella no puede dejar de pensársela. Para Borges, quien encuentra la pista en un viejo libro de los sufíes, no tiene otra opción más que “gastar” esta moneda y, como era de prever, solo hay una forma para hacerlo, pensar en ella una y otra vez. Borges, el escritor, termina su enorme cuento con la siguiente frase: “Tal vez, atrás de El Zahir esté Dios”.

Esta sentencia borgeana hace sentido con el modo que la sociología ha tomado como objeto el dinero. La construcción literaria juega con el desborde de significados y usos con respecto a las expectativas normales que se tienen sobre las funciones del dinero. Ese “desperfecto” entre expectativas y modos reales de usos y significados no sólo es aprovechado por el genial escritor argentino. En esa rendija también tiene su lugar un modo de construir preguntas, observaciones y análisis la sociología. Este “desperfecto” nos lleva a considerar que el dinero en la vida social *hace* muchas más cosas, además de ser unidad de cuenta, medio de intercambio y reserva de valor. La sociología sigue esta intuición y postula, por lo tanto, la necesidad de descubrir los usos y significados del dinero que desbordan sus propiedades atadas a esas funciones. Al realizar este movimiento, por supuesto, el entendimiento sobre qué significa el dinero y cuál es su rol en la vida social queda alterado.

¿Qué aspectos de la autoridad política se perderían sino se la interpreta a la luz de la moneda? ¿Qué dinámicas de desigualdad social quedarían opacadas si no se las asocia a circuitos monetarios?

¿Cómo se apoya la producción imaginaria de la idea de nación en narrativas del dinero? ¿Cómo están enlazados los proyectos políticos a modos de concebir usos y significados del dinero? ¿Cómo son leídas las inflexiones de los procesos históricos a la luz de las historias del dinero? ¿Cuánto de esas historias quedaría silenciado sin evocar el dinero?

Este conjunto de preguntas son una guía para abrir la “caja negra” de las dolarizaciones.

El cierre epistemológico de narrativas en torno a las tesis del reemplazo y de imposición deja de lado el conocimiento de procesos históricos, políticos, sociales, culturales, y obviamente, económicos que son *contenido* y *continente* de las dolarizaciones. Por lo tanto, el objetivo de este libro que reúne estudios de 10 países es comprender las dolarizaciones más allá de la narrativa de la sustitución o imposición. Este libro repone esos procesos invisibilizados cuando en las conversaciones públicas, expertas o académicas las perspectivas del reemplazo o la imposición dominan las interpretaciones sobre las dolarizaciones.

Parafraseando a Marcel Mauss, con el dólar circula mucho más que una moneda “fuerte” (circula poder, signos de estatus, pertenencias sociales, memorias, imaginarios colectivos y personales) y se producen muchas otras cosas diferentes a la lógica del reemplazo o la imposición como determinadas dinámicas políticas (la puesta en juego de la autoridad política), sociales (la puesta en juego de modos de estratificación, diferenciación y desigualdad), personales (la puesta en juego de ideas de libertad, estima, autonomía, bienestar) e históricas (la puesta en juego de relaciones con los legados del pasado).

A continuación, detallo siete claves de interpretación que ilustran este modo de analizar las dolarizaciones. Son claves emergentes de los estudios nacionales que componen este volumen.

Las dolarizaciones en plural

La moneda norteamericana tuvo a lo largo del tiempo múltiples usos y significados que es necesario desagregar. Cuando se usa el término “dolarización” a secas se suele iluminar el rol de la moneda norteamericana como moneda de reemplazo. Una de las principales hipótesis que guían a la sociología del dinero es que el dinero nunca es igual a sí mismo. Significados y usos exceden la noción de reemplazo. El estudio de las culturas monetarias importa porque las personas no son una tabula rasa en sus relaciones con el dinero ni el dinero funciona en la vida social siempre de la misma manera sin importar el contexto y el lugar. La imagen del reemplazo es “desperfecta” con respecto a culturas monetarias que alojan significados y usos del dólar no tan evidentes y cambiantes a lo largo del tiempo.

Las historias de exclusiones y tolerancias en contextos socialistas y postsocialistas (Cuba, Vietnam, Georgia) muestran modulaciones de los significados y usos de la moneda norteamericana muy marcadas a lo largo del tiempo, inflexiones profundas sobre los modos en que el dólar está excluido o integrado en la vida social y política de estos países. Desde ser sinónimo de contrabando e ilegalidad a representar un estatus social acomodado y afianzamiento de una identidad personal moderna y global en Vietnam, de significar un orden político contrarrevolucionario hasta ser aceptada y tolerada por un gobierno socialista como el cubano son, entre otras, inflexiones de significados y usos que exceden la esfera económica o transaccional y marcan la trayectoria y los cambios de esas sociedades desde el prisma del lugar de la moneda norteamericana.

Los capítulos de este libro muestran las dolarizaciones como procesos de temporalidades plurales. El largo proceso de “popularización del dólar” en Argentina desde la década del 30 hasta el presente, muestra una temporalidad más lenta y sedimentada en el tiempo que el mismo proceso reconstruido en Venezuela, pero cuya

centralidad es más reciente. Ambos procesos dan cuenta cómo la moneda norteamericana deja de ser de las elites para integrarse en la vida cotidiana de sectores sociales más amplios. Pero este proceso de transformación de usos y significados del dólar es, en un caso, fruto de la sedimentación de más de siete décadas y, en el otro, no alcanza los 20 años. El mismo proceso con temporalidades diferentes habla de similitudes y grandes diferencias en los significados y usos del dólar en Argentina y Venezuela.

En el Ecuador, la *moneda fraccionaria* ecuatoriana (una moneda emitida por el Banco Central ecuatoriano equivalente al dólar) permitió que el dólar en efectivo se fusionara y mimetizara con la antigua moneda, el sucre; esta interfaz permitió la convivencia del dólar con un pasado monetario ligado al sucre. El dólar haitiano representa el peso del legado colonial en el presente del paisaje monetario del país caribeño.

Si podemos hablar de dolarizaciones en plural, obedece en gran parte a este despliegue de transformaciones, inflexiones y memorias de los usos y significados del dólar a lo largo del tiempo en cada contexto nacional.

Las dolarizaciones como procesos de familiarización

La sociología del dinero enseña que las monedas no son entidades “autopropulsoras”, sino que las condiciones de posibilidad de sus usos están asociadas a complejos procesos de aprendizaje –muchas veces dados por supuesto o naturalizados– que permiten su decodificación, manipulación y apropiación. Son estos procesos los que vinculan las dinámicas macroeconómicas y políticas y la generalización de una moneda. Viviana Zelizer (1994) escribió un fascinante libro sobre la unificación monetaria alrededor del dólar en los EE. UU. a fines del siglo XIX y principios del XX. Este proceso es reconstruido “de abajo hacia arriba”, considerando cómo las personas van incorporando la nueva moneda en sus vidas cotidianas, el esfuerzo

que realizan para hacerla compatible con sus relaciones sociales, sus dinámicas familiares y de género, etc.. Este modelo ejemplar de análisis nos lleva siempre a mirar cómo la expansión de una moneda no se reduce a un decreto, ley estatal o condiciones macroeconómicas determinadas, sino que corresponde reconstruir el proceso que podemos llamar de “familiarización monetaria”. “El dólar nuestro” cubano, el *dola* haitiano o la “moneda fraccionada” ecuatoriana son modulaciones etnográficas de estos procesos de familiarización (o endogenización) y apropiación del dólar que no entran en la noción de reemplazo ni de imposición. Seguimos la advertencia de Federico Neiburg en su capítulo: una caja de herramientas sobre las dolarizaciones debe prestarle atención tanto a los modos en que la moneda norteamericana transforma las culturas y prácticas monetarias, como a la inversa, a los modos locales de transformar el dólar (en los términos de Neiburg, las “haitianizaciones del dólar”). Estas son expresiones de “innovaciones monetarias” (Guyer, 2004; 2016) que no se importan o imponen, sino que se recrean condicionadas por legados históricos y contextos locales.

Cuando se utiliza el término “moneda global”, se hace hincapié en el papel que ha desempeñado el dólar en el sistema monetario internacional (Helleiner, 2008; Eichengreen, 2011; Aglietta y Couderd, 2015). Nuestra perspectiva es un intento de arrojar luz sobre los aspectos inexplorados de las “monedas globales”, es decir, lo que ocurre cuando se convierten en monedas familiares fuera de sus fronteras nacionales. La interpretación del dólar como una “moneda popular” (Luzzi y Wilkis, 2023) fue el primer intento para iluminar esta otra cara de la moneda norteamericana cuando circula fuera de los EE. UU.. Acuñado para analizar la experiencia argentina, este concepto es retomado para interpretar otros contextos nacionales en este volumen.

Las dolarizaciones como espacios monetario discontinuos

Los trabajos de Jane Guyer (2004; 2016) aportaron conocimiento sobre las interfaces entre monedas “fuertes” y “débiles” que definieron los paisajes monetarios en el mundo poscolonial y postsocialista. En este volumen se da un paso más: el paisaje monetario de la dolarización no es homogéneo. Hay versiones fuertes y débiles del dólar, diferentes tipos de dólares combinan diferentes grados de “dureza” y “blandura”, en términos de Guyer (2016b), en la medida en que pueden expresar diferentes funciones monetarias. El paisaje monetario dolarizado no se comprende a partir de una dicotomía fija entre monedas blandas/duras, como las narrativas del reemplazo o la imposición presuponen, sino diferenciando y estableciendo una jerarquía entre las monedas que asume cada una de estas figuras. Resulta fundamental desestabilizar las interpretaciones que atribuyen una propiedad estable a una moneda o función monetaria, incluso el dólar (Luzzi y Wilkis, 2018).

En Zimbabwe, por ejemplo, la disparidad en la estima entre diferentes “tipos” de dólares superó una dialéctica nítida de “dureza” / “blandura”. Estos diferentes tipos de dólares cumplían diferentes grupos de funciones dinerarias en coyunturas precisas y, por lo tanto, solo podían convertirse entre sí con dificultad o no convertirse en absoluto.

En Ecuador, la “moneda fraccionaria” fue un recurso estratégico para que el sucre, la antigua moneda nacional, cediera espacio al dólar norteamericano y así poder anclar las prácticas monetarias de los ecuatorianos (particularmente de los sectores populares) en la nueva moneda oficial. Las dolarizaciones son plurales también porque expresan espacios no homogéneos e incompletos que, como en el caso de Ecuador, demandan de una versión débil de la moneda norteamericana para los intercambios cotidianos.

La dolarización “endoble” (termino propuesto por Chris Vasantkumar en este volumen) es una cara oculta al radar de la

dolarización vista desde los indicadores financieros o desde las narrativas del reemplazo o imposición. En Argentina los mercados cambiarios informales establecen una distinción en el valor de los billetes físicos de 100 dólares según tengan impresa una “cara grande” o una “cara chica” del retrato de Benjamin Franklin. En Vietnam la misma distinción opera para valorizar los diferentes billetes de la moneda norteamericana. El sentido de los dólares estadounidenses como “dinero grande” en los mercados de la Ciudad Ho Chi Minh se reforzó con la reforma de 1996 del billete de cien dólares. Los nuevos diseños agrandaron el retrato de Benjamin Franklin y utilizaron una marca de agua para disuadir a los falsificadores. De este modo cambió gradualmente el significado de “dinero grande”, ya que la gente insistía en recibir billetes con “hombres grandes”, como referencia a los nuevos billetes de cien dólares.

Estos paisajes monetarios son imposibles de captar cuando las propiedades del dólar son definidas de manera exclusiva y fija, cuando todos los dólares se reducen a ser considerados una moneda fuerte capaz de reemplazar a otras o imponerse sobre ellas.

Las dolarizaciones como prueba de las autoridades políticas

Si el Estado no es la entidad monolítica como a veces lo retratan sus funcionarios y autoridades, sobre todo cuando hablan en nombre de la sociedad, si en realidad es sólo una parte de esta sociedad, no deja de ser una parte muy especial: la que precisamente tiene la pretensión de representar la totalidad la vida colectiva (Linhardt, 2012). La sociología se ve destinada, por su arraigo en las prácticas sociales, a sacar a la luz lo que va más allá de esta pretensión. El desafío de la sociología del dinero consiste en mostrar que, en las sociedades contemporáneas, el dinero nos ofrece un acceso privilegiado para la reconstrucción de la diferencia irreductible entre las pretensiones de autoridad del Estado y las prácticas de los actores involucrados en el establecimiento de un orden social,

diferencia que se manifiesta, por ejemplo, en las jerarquías monetarias en pugna que enlazan al estado y a la sociedad (Wilkis, 2018).

En este marco, las dolarizaciones se revelan como procesos que importan cuando la pretensión del Estado de asegurar su autoridad política se edifica (o entra en crisis) manteniendo (o perdiendo) la capacidad de asegurar una jerarquía monetaria que le otorga un estatus subordinado (o central) al dólar como valor en la economía.

En los estudios aquí presentados, los procesos de dolarizaciones se revelan como puestas a prueba de las autoridades políticas. La imagen de reemplazo sugiere una idea errada. En los procesos de dolarización las monedas no se relacionan por una dinámica de sustitución (como si la moneda a ser reemplazada desapareciese) sino de re-jerarquización, una disputa por un orden monetario que enlaza al estado con la sociedad. Podemos reconstruir las dolarizaciones como puestas a prueba de la pretensión del Estado de ordenar la sociedad sobre una jerarquía monetaria capaz de preservar el valor en la economía.

Los procesos de descolonización (Zimbabue, Vietnam, Haití) o de crisis y salida del régimen soviético (Georgia, Cuba) son momentos desafiantes para rearmar una autoridad política capaz de imponer una jerarquía monetaria. Los órdenes monetarios dolarizados informales que se erigen contra esas pretensiones unen a la sociedad contra el Estado, eludiendo sus regulaciones e imposiciones. Esto se puede observar en la indisciplina haitiana frente al intento del Estado de prohibir el dólar haitiano o la configuración en Zimbabue y en Argentina del mercado de cambio informal como una institución clave de la economía. El caso de Vietnam ilustra cómo los dólares estadounidenses median una forma de riqueza privada que escapaba al Estado territorial.

En un anterior trabajo nos referimos al dólar en la sociedad argentina como una moneda contra el Estado (Luzzi y Wilkis, 2023), para enfatizar el modo en que sus usos y significados buscan evadir las regulaciones estatales. Nuestro argumento iluminaba el proceso de aprendizaje de autonomía con respecto a las pretensiones

estatales de ordenar a la sociedad sobre una jerarquía monetaria desdolarizada. Como en Vietnam, también en Argentina prolifera la idea del dólar como “pasaje” para eludir las regulaciones del Estado. En Zimbabue el paisaje monetario dolarizado fuerza la falta de unidad estatal y la necesidad del trabajo de conversión desde abajo. El gobierno zimbabuense no era percibido como el garante del valor del dinero, sino como una amenaza a los intentos de los individuos de retener valor. Según narra Neiburg en su capítulo, en 2007 el gobierno haitiano prohibió el uso del dólar haitiano y en un periódico se celebró la medida argumentando que tenía el mérito de “proporcionar una modalidad menos esquizofrénica a los cálculos que nuestros compatriotas realizan a diario [...] y sus gimnasias aritméticas”. En Haití la resistencia de abandonar el dólar imaginario haitiano pese a los modos de caracterizarlo desde el poder como una moneda incivilizada que hay que disciplinar es otro modo de expresar este enlace que produce el dólar entre órdenes monetarios y autoridades políticas puestas a prueba.

Las dolarizaciones formales muchas veces son legalizaciones o estatizaciones de órdenes monetarios ya aceptados socialmente como fue el caso de Argentina en la década del 90 o El Salvador en los 2000. El primero, bajo el impacto de una gran hiperinflación que generalizó la moneda norteamericana como unidad de cuenta e intercambio; el segundo, bajo el impacto de una migración masiva a los EE. UU. que convirtió las remesas en dólares en la principal fuente de ingresos de la economía salvadoreña. Apoyados sobre esos órdenes monetarios dolarizados ya aceptados socialmente, estos gobiernos construyeron la autoridad política del Estado, anteriormente debilitada o amenazada.

Las dolarizaciones como narrativas políticas

Las narrativas del reemplazo e imposición sesgadas por una visión instrumental de la moneda invisibilizan la construcción de

la legitimidad de los órdenes monetarios asociados a la autoridad política. En los casos acá analizados, las narrativas de legitimidad de los órdenes monetarios ocupan un lugar destacado en la vida pública. En estos contextos el dólar es protagonista de las grandes controversias públicas donde se dirimen, cuestionan y edifican proyectos de poder. A medida que continuaba la dolarización, el régimen intentó respaldar al fallido dólar zimbabuense apelando a la “historia patriótica” de Zimbabue y sus “entrelazamientos con narrativas de nación, raza y lucha”, presentándolo como bajo ataque de sanciones extranjeras, “indisciplina” financiera doméstica y financiamiento occidental de la oposición. En Cuba, por su parte, el dólar se visualizaba como la moneda enemiga y su exclusión del espacio monetario nacional era un pilar del proyecto político socialista al mismo tiempo que un modo de organizar el acceso al bienestar con base en la moneda nacional, también como expresión de soberanía. El gobierno de Fidel Castro logró, al menos temporalmente, desactivar el poder corrosivo del dólar poniéndolo al servicio del orden social, aunque la dolarización parcial de 1993 representó un desafío a la reproducción de este orden. En Vietnam, las tensiones entre las reformas de mercado y el discurso revolucionario fueron evidentes en una declaración del Secretario General del Partido Comunista Nguyễn Văn Linh, quien declaró: “Debemos lanzar de inmediato un movimiento para preservar nuestros dólares estadounidenses y oro y abstenernos de usarlos para comprar artículos de lujo, especialmente bienes de contrabando”. Pese a esta narrativa de legitimidad de un orden monetario por parte de la autoridad política oficial, el deseo de dólares estadounidenses en Vietnam privilegiaba el mercado sobre la soberanía política.

Cuando el gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela lograba controlar el aumento de la cotización de la moneda estadounidense la significaban solamente como una unidad monetaria; al contrario, en los momentos en que ocurrían alzas abruptas de la cotización de la moneda estadounidense la significaban como un

instrumento político usado por sus enemigos internacionales y nacionales.

Las dolarizaciones como fuente de estratificación social

Desde una perspectiva que considera que los órdenes sociales se encastran en órdenes monetarios (Wilkis, 2017) los estudios acá presentados iluminan cómo los circuitos dolarizados modelan las desigualdades sociales. Si la desigualdad es uno de los grandes temas del desarrollo en regiones del mundo como América Latina o África, su estudio desde los procesos de dolarización se convierte en un capítulo central para su comprensión.

El acceso y la distribución de la riqueza no es ajeno a los circuitos diferenciados entre monedas (Collins, 2005). En El Salvador, la rápida afluencia de dólares de remesas estadounidenses que caracterizó los años que van desde la década de los 2000 a principios de 2020 creó una microclase receptora de remesas que permitió a algunos salvadoreños experimentar una sensación de movilidad económica, eclipsando lo que era imaginable a través de la configuración monetaria limitada a nivel nacional del colón. Aunque la creación de la moneda CUC (peso cubano convertible), respondía al objetivo de mantener la política de centralización-redistribución amenazada por las dificultades que siguieron al derrumbe de la Unión Soviética, las esferas de transacciones monetarias resultantes pusieron de relieve el desarrollo de una economía de mercado en ciertos sectores, así como el desarrollo de las desigualdades en la sociedad cubana.

En Cuba, el “trabajo por cuenta propia” se incrementó en los años noventa. Una pequeña parte de los cuentapropistas que se integraban en el sector turístico alquilando casas particulares o trabajando en pequeños restaurantes privados (paladares), podían percibir la totalidad de sus ingresos directamente en CUC. Como indica Flore Pavy en su capítulo sobre Cuba, este tipo de dolarización

tuvo entonces un impacto social en la medida en que hizo más visibles las desigualdades sociales en plena transición política y económica

Los casos de Zimbabwe, Venezuela y Argentina iluminan cómo los mercados de cambio formales e informales y las cambiantes regulaciones estatales para acceder a las divisas son dispositivos centrales en los procesos de diferenciación de esas sociedades. En Zimbabwe, por ejemplo, las élites dentro del partido gobernante estaban entre los actores principales de los mercados paralelos que se garantizaban divisas a través de redes opacas, formales e informales, y tenían prácticas bien desarrolladas de fuga de activos. En la parte baja de la sociedad zimbabuense, la escasez de divisas llevó a que muchos recurrieran a lo que parecían ser transacciones de trueque, como un número específico de pollos por un viaje en autobús o un galón de combustible por moler una canasta de maíz.

En Ecuador, previo a la dolarización formal, el mayor o menor uso de dólares, daba cuenta y reproducía las posiciones de los diferentes actores (ejecutivos, empleados y clientes de distintos estratos socio-económicos) dentro de una jerarquía social que distinguía entre ejecutivos con un uso más extenso del dólar, de los empleados de la construcción, proveedores y clientes. En Georgia, el acceso a la propiedad está dado por la participación de circuitos de prestamos dolarizados. Las personas asociaban el đồng vietnamita emitido por el Estado con gastos cotidianos y los dólares con bienes importados altamente deseables.

Las dolarizaciones como fuente de imaginarios colectivos y personales

El estudio de Vietnam ayuda a comprender cómo la dolarización no era solo una estrategia racional para preservar el valor, sino una herramienta poderosa de autoconstrucción y una afirmación de pertenencia individual a la economía globalizadora. La entrada de

Vietnam en la economía capitalista global se señalaba mediante la visibilidad del dólar estadounidense, tanto en la forma que adoptaba el dinero, como en el signo de lo global. Caricaturas, cuentos cortos y programas de televisión utilizaban el símbolo del dólar estadounidense para indexar la fuerza desestabilizadora pero deseada de la globalización en la sociedad vietnamita. Al sostener, manejar e incluso esconder dólares, las personas desafiaban los límites entre lo nacional y lo global que la moneda emitida por el Estado pretendía erigir. En Zimbabue las estimas de sí personales y colectivas están relacionadas a la idea de nación a través del dinero. La pérdida de estima del dinero estatal trajo desconfianza en la nación. Al final de la era multimonetaria fue el grado en que muchos zimbabuenses habían perdido la confianza en la moneda precisamente por ser zimbabuense. La no fungibilidad de todos los medios pecuniarios zimbabuenses emitidos por el Estado con sus contrapartes regionales o globales era profunda tanto a nivel conceptual como emocional.

En El Salvador, el ex presidente Francisco Flores prometía más dinero y riqueza para los salvadoreños si todos cambiaban a dólares estadounidenses. Estas ilusiones, vinculadas a la dolarización, generaron la impresión de desarrollo, mientras que los medios de subsistencia de las familias salvadoreñas se veían progresivamente amenazados. La dolarización llegó inicialmente envuelta en promesas y deseos que se consideraba que el colón no podía cumplir. La dolarización continúa en El Salvador, pero ahora compite con dramáticas afirmaciones proyectadas al futuro asociadas con el Bitcoin y la insatisfacción generalizada entre los salvadoreños de promesas no cumplidas en más de dos décadas que, de hecho, han profundizado la desigualdad económica.

En Cuba, mientras que el CUP (peso cubano) seguía siendo entre 2003 y 2021 el lenguaje monetario universal de la nación revolucionaria, el CUC lo era de las redes exclusivas de una economía de mercado en desarrollo. En las fronteras entre México y EE. UU. también el dólar asume imaginarios colectivos e imágenes de sí

claves: el dólar se asocia a progreso, prosperidad y seguridad financiera. La valía de una persona o un negocio se mide en términos de dólares, y hay que estar alerta a posibilidades de inversión. De alguna manera, es símbolo de progreso, modernidad, prosperidad.

El dólar y el futuro de las monedas globales

Los estudiosos del orden monetario internacional se preguntan de manera recurrente sobre la estabilidad o el decline del dólar como moneda global dominante (Helleiner y Kirschner, 2009; Cohen, 2011; Eichengreen, 2011). Este interrogante se hace cada vez más permanente a medida que el ascenso del poder económico y comercial de China se convierte en una clara amenaza para las posiciones hegemónicas de los EE. UU. (Prasad, 2016). La “guerra de monedas” entre el dólar y el yuan es un titular habitual de los portales de noticias de todo el mundo. Las historias narradas en este libro arrojan luz sobre la cara menos visible del dólar como moneda global, su arraigo en la vida pública y cotidiana de 10 países de América Latina, África, Asia y Europa. Estos estudios colaboran para ampliar nuestra imaginación sobre el rol de las monedas globales, nos ayudan a comprender su papel por fuera de las fronteras de los países que la emiten y que la respaldan económica y militarmente, jugando un papel crucial en la construcción de las autoridades políticas, en las dinámicas de estratificación social, en la elaboración de imaginarios colectivos y personales. Estamos lejos de predecir el futuro del dólar norteamericano, pero estamos mejor preparados para abrir la caja de herramientas que ayude a comprender cómo una moneda global (hoy, el dólar; mañana, otra) condiciona y transforma la vida pública y cotidiana de millones de personas en el mundo.

Bibliografía

Aglietta, Michel y Virginie Coudert (2015). *El dólar. Pasado, presente y futuro*. Buenos Aires: Capital Intelectual

Blanc, Jerome (2009). Usages de l'argent et pratiques monétaires. En Philippe Steiner y François Vatin (eds.), *Traité de sociologie économique* (pp. 671-710). París: PUF.

Cohen, Jerry (2011). *The Future of Global Currency. The Euro Versus the Dollar*. Londres: Routledge.

Collins, Randall (2005). *Sociología de las filosofías*. Barcelona: Hacer.

Drake, Paul (1989). *The Money Doctor in the Andes*. Durham: Duke University Press.

Eichengreen, Barry (2011). *Exorbitant Privilege: The Rise and Fall of the Dollar and the Future of the International Monetary System*. Oxford: Oxford University Press.

Eichengreen, Barry y Marc Flandreau (2008). The Rise and Fall of the Dollar, or When Did the Dollar Replace Sterling as the Leading International Currency? *National Bureau of Economic Research Working Papers 14154*.

Eradze Ia (2023). *Unravelling The Persistence of Dollarization. The Case of Georgia*. Londres: Routledge.

Gowan, Peter (1999). *The Global Gamble: Washington's Faustian Bid for World Dominance*. Londres: Verso.

Gregory, Chris (1997). *Savage Money: The Anthropology and Politics of Commodity Exchange*. Londres: Harwood Academic.

- Guyer, Jane (2004). *Marginal Gains*. Chicago: Chicago University Press.
- Guyer, Jane (2011). Describing Urban “No Man’s Land” in Africa. *Africa*, 81 (3), 474-492.
- Guyer, Jane (2016). *Legacies, Logics, Logistics. Essays in the Anthropology of the platform economy*. Chicago: Chicago University Press.
- Guyer, Jane (2016b). Soft currencies, cash economies, new monies: Past and present. En *Legacies, Logics, Logistics. Essays in the Anthropology of the platform economy* (pp. 220-237). Chicago: Chicago University Press.
- Guyer, Jane y Kabiru Salami (2012). Gaps, Innovations and Casuistic Reasoning in Currency Dynamics: Nigeria, Eastern Europe, North Korea and their Connections. Panel en la *Conference Norms in the Margins and Margins of the Norm: The Social Construction of Illegality*. Tervuren y Bruselas.
- Helleiner, Eric (2008). Political Determinants of International Currencies: What Future for the US Dollar? *Review of International Political Economy*, 15(3), 354-378.
- Helleiner, Eric y Jonathan Kirshner (2009). *The Future of the Dollar*. Nueva York: Cornell University Press.
- Lazzarato, Maurizio (2023). *El imperialismo del dólar. Crisis de la hegemonía estadounidense y estrategia revolucionaria*. Mendoza: Tinta Limón.
- Lin, Shu y Haichun Ye (2010). Dollarization does promote trade. *Journal of International Money and Finance*, 29(6), 1124-1130.
- Linhardt, Dominique (2012). Avant-propos: Épreuves d’État: Une variation sur la définition wébérienne de l’État. *Quaderni*, 2 (78), 5-22.

Muir, Sarah (2015). The currency of failure: Money and middle-class critique in post-crisis Buenos Aires. *Cultural anthropology*, 30(2), 310-335.

Orléan, A. André (2009). *De l'euphorie à la panique: penser la crise financière*. París: Cepremap, Éditions Rue d'Ulm.

Panitch, Leo y Sam Gindin (2013). *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*. Nueva York: Verso.

Prasad, Eswar (2016). *Gaining Currency: The Rise of the Renminbi*. Oxford: Oxford University Press.

Rosenberg, Emily (2004). *Financial Missionaries to the World: The Politics and Culture of Dollar Diplomacy, 1900-1930 (American Encounters/Global Interactions)*. Durham: Duke University Press.

Servet, Jean-Michel, Bruno Theret y Zeynep Yildirim (2008). Universalité du fait monétaire et pluralité des monnaies. En Evelin Baumann, Laurent Bazin; Pepita Ould-Ahmed; Pascale Phélinas; Monique Selim y Richard Sobel (eds.), *L'Argent des anthropologues, la monnaie des économistes* (pp. 167-207). París: L'Harmattan.

Théret, Bruno (2007). *La monnaie dévoilée par ses crises*. París: Éditions de l'EHESS.

Truitt, Allison (2013). *Dreaming of Money in Ho Chi Minh City*. Seattle: University of Washington Press.

Wilkis, Ariel (2017a). *The Moral Power of Money. Morality and Economy in the life of the poor*. Stanford: Stanford University Press.

Wilkis, Ariel (2017b). La sociología moral del dinero. Algunos aportes a la sociología política. En Gabriel Vommaro y Mariana Gene (eds.), *La vida social del mundo político. Investigaciones recientes en sociología política* (pp. 211-231). Buenos Aires: UNGS.

Wilkis, Ariel (2018). Quand l'argent vient de l'État. Hiérarchies monétaires et antagonismes moraux dans la politique d'assistance aux classes populaires Argentines. *Raisons Pratiques*, 26, 9-34.

Wilkis, Ariel y Mariana Luzzi (2023). *The Dollar: How the US Dollar Became a Popular Currency in Argentina*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Zelizer, Viviana (1994). *The social meaning of money*. Austin: Basic Books.

